

La primera lectura de hoy, las palabras del profeta Zacarías, es una lectura que no oímos con mucha frecuencia, pero es un pasaje importante que ayudó a formar nuestro entendimiento de quien es Jesús y, por lo tanto, el tipo de gente que nosotros deberíamos ser. Conocemos a Jesús como aquel que vino a servir, no para ser servido. Conocemos a Jesús como el sirviente que sufrió a causa de los pecados de otros, según lo descrito por el profeta Isaías, aquel que sufrió las indignidades, ofreciendo «[su] espalda a los que [le] golpeaban, [sus] mejillas a quienes [le] tiraban la barba» y aquel que «no [ocultó su] rostro ante las injurias y los escupos» (Isaías 50:6). Y hay mucho más. Estos pasajes junto con el pasaje «. . . ellos volverán sus ojos hacia mí, a quien traspasaron con la lanza» del profeta Zacarías, la primera lectura de hoy, son muy importantes para nosotros. Como ustedes saben, todos los primeros cristianos eran judíos y en la tradición judía estos pasajes no se entendieron como referencias al Mesías (la palabra hebrea) o al Cristo (la palabra griega con la cual estamos más familiarizados). Judíos entendieron estos pasajes como refiriéndose a los santos, pero no como refiriéndose a Cristo.

En la tradición judía el Mesías, o Cristo, sería un hombre como el Rey David, un mesías militar que conquistó a sus enemigos y se hizo un grande rey de Israel. Él sería un descendiente de David que mostraría su poder en una batalla en el valle debajo de la ciudad de Meguido y llevaría la victoria sobre las fuerzas del mal. En esa época el rey y toda la gente judía serían «[purificadas] de sus pecados e inmundicias». Conduciendo esta batalla sería un Rey Davídico, el Mesías de Dios. Él daría la victoria final del bien sobre el mal.

En el Evangelio de hoy, Jesús les preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?» En respuesta ellos dijeron, «Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que eres Elías, y otros, que eres uno de los antiguos profetas que ha resucitado». Él les dijo, «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?» Respondió Pedro: «El Mesías de Dios». Observen que Jesús insistió en que no le dijeran a nadie que él es el Mesías. ¿Por qué? Porque él tuvo que corregir la comprensión de quien era el Mesías.

Entonces Jesús comienza a enseñar, y lo que enseña es extraordinario. Recuerden, los judíos esperaban un Mesías militar. ¿Qué dice Jesús que él va a experimentar? «Es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho, que sea rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, que sea entregado a la muerte y que resucite al tercer día». Los discípulos estuvieron absolutamente desconcertados por esta enseñanza. Nada de lo que entendieron en su tradición les enseñó que su mesías se trataría de esta manera. Pero Jesús continúa a enseñar. Les dice que no solo él va a sufrir, pero también ellos sufrirán: «Si alguno quiere acompañarme, que no se busque a sí mismo, que tome su cruz de cada día y me siga. Pues el que quiera conserva para sí mismo su vida, la perderá; pero el que la pierda por mi causa, ése la encontrará». ¿Qué persona en su sano juicio seguiría a tal hombre? Jesús acaba de voltear todas sus expectativas boca abajo. No sólo el Mesías no va a ser un líder militar, pero va a ser rechazado por las autoridades y ser asesinado. Y él les dice que ellos también deben perder sus vidas.

¿Qué significa perderse a su vida o salvarla? La palabra en hebreo significa mucho más que «vida». También se puede traducir : «. . . el que quiera conservar a sí mismo o a su alma, la perderá, pero el que pierda uno mismo o su alma, la salvará». O para poner la idea en lengua común, aquello se enfoca sólo en si mismo pierde todo—su alma, su vida, su mismo. En una palabra, podemos deshumanizarnos a nosotros mismos. Si tenemos miedo para que tratamos de protegernos a nosotros mismos a la excusión de los demás, o si nos separamos de las necesidades y el dolor y las preocupaciones de los demás, nos hemos deshumanizado nosotros mismos. Jesús nos llama a unirnos, como lo hizo, con el menor de nuestros hermanos y nuestras hermanas. No estamos llamados a ser machista como el Mesías que los judíos esperaban; pero estamos llamados a ser como Jesús. Que nosotros en verdad busquemos ser como Jesús y, por lo tanto, ser verdaderamente humano.